

Wolf Haas

**El triturador de huesos**  
La segunda investigación  
del detective Brenner

Traducción del alemán de  
María Esperanza Romero

Nuevos Tiempos **Ediciones Siruela**

¡Y dale!, ha vuelto a ocurrir algo.

La primavera, eso sí, es una época maravillosa, con poesía y todo; además cualquiera sabe que la primavera vida genera. De modo que al comienzo nadie quería creer que de repente iba a ser al revés.

Pero los tiempos cambian. Al final hubiéramos dado lo que fuera con tal de que la cosa hubiera mantenido la gravedad que pareció tener en un principio. Para entonces sólo habían pasado tres semanas y, como digo, aún estábamos en primavera; porque luego, vaya verano..., más pasado por agua que otro poco, sobre todo julio, un asco. En cambio la primavera, ¡qué delicia!

Y quien viera ahí a Brenner, sentado en el asador Löschenkohl, no habría adivinado fácilmente por qué diablos había ido a parar a esas latitudes. Le habría tomado más bien por un excursionista que aprovecha el día primaveral para darse una vuelta en coche por el este de Estiria.

Y seguro que hubiera sido más sensato hacer una excursión a aquella aletargada zona de viñedos. Disfrutar el paisaje, tomarse un vinito, comer un poco de pollo asado. Que no hace falta más para tener la sensación de que el mundo no está tan mal como pensamos.

En la vida entenderé cómo semejante cosa pudo haber pasado, precisamente aquí.

La primavera, sin embargo, tiene una fuerza tal que hace que el ser humano sienta sencillamente el pulso de la naturaleza y entonces, ya puedes estar vadeando en sangre hasta las rodillas que de un momento a otro piensas en el amor. Ahora mismo, por ejemplo, Brenner se encontraba de cuerpo presente en el asador Löschenkohl esperando su comida, pero sus pensamientos estaban en otra parte bien diferente. Calculaba cuánto tiempo hacía que su prometida lo había abandonado. Y lo creas o no, habían pasado doce años y medio.

Aunque no fue sólo la primavera la que hizo que lo recordara. Siempre que comía pollo, Brenner no podía por menos de pensar en Fini. En realidad se llamaba Josefina, pero, naturalmente, todos le decían Fini.

Y te juro que alguien a quien le guste tanto comer pollo como a la Fini no lo encuentras tan fácilmente. Porque cada semana la chica llegaba a comerse dos o tres de esos animalitos; era poco menos que adicta. Y roía los huesos que era un placer verla. Que unos caníbales no le llegarían al zancajo. Y nada más entrar al comedor del Löschenkohl Brenner tuvo a Fini ante sus ojos. Porque el Löschenkohl es un asadero de pollos, pero no uno cualquiera... Tú imagínate un almacén de muebles o uno de esos garajes para aviones jumbo. Pues así, y luego piensa en ese garaje para aviones atestado de gente comiendo pollo asado.

Pero ahora alguien interrumpe a Brenner en sus cavilaciones, y no puede seguir pensando en Fini. Además, qué sentido tiene darle más vueltas al asunto. Porque no debes olvidar una cosa: el compromiso sólo duró dos semanas, de manera que lo que recordaba de ella no era mucho más que su manía de comer pollo y, por supuesto, sus tetas descomunales. Fini decía que era por la cantidad de hormonas que les echan a los pollos en la comida.

Pero ahora, fuera Fini, porque el viejo Löschenkohl se

acerca a Brenner trayéndole su pollo empanado. Te preguntará por qué es el viejo Löschenkohl el que le sirve personalmente el pollo a Brenner. Pues escucha con atención lo que te voy a decir, porque la cosa tiene gracia. El hombre le tiende la mano a Brenner y dice:

–Löschenkohl.

Brenner, levantando su trasero medio milímetro del banco de madera, dice:

–Brenner.

El viejo Löschenkohl se sienta a su mesa. Pero, claro, si a día de hoy dos toman asiento en una misma mesa y cada uno espera que el otro diga algo, la conversación se hace difícil.

–Buen provecho –llega a decir el viejo Löschenkohl, y ambos permanecen sentados uno frente al otro, sin despegar los labios, hasta que Brenner termina de comerse su primer trozo de pollo.

Porque no olvides una cosa. Un pollo del Löschenkohl consta de cuatro trozos, y cuando te has comido dos estás que revientas. Por eso cuando la camarera viene a cobrarte, siempre trae un pedazo de papel de aluminio, para que en tu casa tengas una buena merienda. De ahí la fama que tiene el Löschenkohl en toda Estiria, que hasta en Graz lo conocen. Incluso los vieneses se toman la molestia de bajar hasta aquí los fines de semana, cuando ya no saben qué hacer para saciar a sus voraces criaturas.

Y ahí tienes a Brenner, con medio pollo empanado y una cerveza delante y al viejo Löschenkohl enfrente, tomándose un chato de vino Löschenkohl porque el hombre tiene su propia viña detrás de la casa. Entretanto, Brenner espera tranquilamente a que el otro se decida por fin a tomar la palabra.

Pero éste no dice ni mu y se limita a mirar cómo su comensal se aplica a roer los huesos. El viejo tiene los carillos de un color francamente morado, de modo que si quisieras

podrías contar todas y cada una de las venas, y su respiración es tan pesada que recuerda un desvencijado coche de correos. A la que Brenner acaba de comerse el primer trozo y deposita los huesos en el plato que le han colocado para tal efecto, el dueño del asador va y le dice:

–¿Qué le parece?

¿Se refería al pollo o a si Brenner aceptaba el encargo? Porque se trataba de uno de esos encargos que para aceptarlos tienes que pensártelo muy mucho. En cualquier caso, Brenner no habría podido contestar afirmativamente porque tenía la boca llena del empanado de un centímetro de grosor que cubría aquel pollo, y que saber, sabía a todo menos a pollo.

–No me extraña que tenga usted tanta fama en todo el país –dice Brenner.

–Un poco menos de fama no vendría mal.

Löschenkohl eran tan alto que incluso sentado le sacaba a Brenner media cabeza. Hoy en día hay mucha gente alta y Brenner ya está acostumbrado a tener que levantar la mirada para dirigirse a personas más jóvenes. Pero antes la gente no crecía tanto. Y Brenner ahora recordaba que una vez, en una excursión cultural de la Escuela de Policía, habían visitado un castillo y en ese lugar todo era enorme, todo salvo la cama del dueño del castillo que no superaba en tamaño a la de una cuna.

Vete tú a saber si no se le ocurrió pensar en eso porque el viejo Löschenkohl tenía algo de..., no quiero decir majestuoso, pero sí de..., de venerable rey del pollo.

–¿Y entonces por qué quiere remover el avispero? –dice Brenner con todo y que, en realidad, no debería hablar con la boca llena.

–Lo que queremos es zanjar el asunto de una vez por todas.

–Pero el negocio marcha bien.

-El negocio sí.  
-¿Cuántos pollos llega a vender en una semana?  
-Diez mil si es buena, cinco mil si es mala.  
-Y el problema entonces son los huesos.  
-No, no. Con los huesos ya no tenemos problemas.  
-Pero antes sí los tenían.  
-Sí, antes ya se sabe. Hasta lo del incidente teníamos problemas con los huesos. Pero menuda multa la que tuvimos que pagar.  
-¿Cuántos huesos le suponen diez mil pollos?  
-Digamos que de un pollo el 40% son huesos. Pues... unas cuatro toneladas si la semana va bien.  
-O sea casi una tonelada por día.  
-Si la semana es buena.  
-Y, claro, ya no daban abasto con los huesos.  
-Eso antes. La empresa creció demasiado rápido, cada año una ampliación, para que Hacienda no te coma a impuestos. Y, claro, no dábamos abasto con los huesos.  
-¿Y ahora?  
-Ahora hace tiempo que tenemos la nueva moledora de huesos en el sótano. Y asunto arreglado.  
-¿Pero la moledora también la tenían antes?  
-Sí, pero una demasiado pequeña. Porque la empresa crecía y crecía y la máquina, claro, no crecía con ella.  
A Brenner ahora le costaba cada vez más dar cuenta de aquel pollo empanado chorreante de grasa, pesadilla de cualquier vegetariano.  
-¿Y quién se ocupaba entonces de la moledora de huesos?  
-Pues el yugo.  
-Y fue entonces el yugoslavo el que notó que había huesos grandes entre los de pollo.  
-No, qué va. El yugo no notó nada porque aquí no tenemos sólo pollos, tenemos de todo. Un codillo de cerdo es igual de grande. De manera que el yugo no notó nada.

–Pero entonces ¿quién lo descubrió?

–Verá, se nos presentaron los de la Inspección Sanitaria. Porque ya no dábamos abasto con los huesos. Cada día teníamos más clientes y, obvio, cada día más huesos. De modo que el yugo cada día se retrasaba más con la moledora. Entonces, para evitar la peste los metimos en la cámara frigorífica. Y, claro, nos cayó la visita de la Sanitaria.

–¿Y ellos descubrieron el pollo?

–¿Que si descubrieron? Si un día te llega una visita de la Sanitaria, puedes estar seguro de que encontrarán algo. Te hacen sentir... que ni que fueras un auténtico criminal; sólo porque tienes un merendero de pollos.

Brenner ahora le hincaba el diente al muslo de pollo empanado porque, claro, si el dueño del local está sentado a tu mesa, tienes que hacer de tripas corazón, no puedes dejarte en el plato más de la mitad de lo que te han servido.

–Quiero decir un asador –se corrigió a sí mismo Löschenkohl–. Porque tenemos de todo, codillo y demás, aunque, claro, en un 90% pollo. Pero no crea, lo de los huesos de pollo no tenía por qué ser un problema. Le compramos al yugo una nueva moledora, quiero decir una más moderna, diez veces más potente, y ahora sólo tiene que darle al botón y sanseacabó. ¡Cójalo tranquilamente con la mano!

Lo decía refiriéndose al pollo de Brenner. Porque el viejo Löschenkohl veía que se complicaba un poco la vida hundiendo el cuchillo en el muslo unas veces por aquí, otras por allá.

–Lo que es un comedor de volatería siempre lo coge con la mano –dice el viejo. Pero Brenner era poco aficionado a la volatería y hubiera preferido comerse la mantecosa pata con cuchillo y tenedor. Pero el dueño venga a insistir–: Hasta en los mejores restaurantes permiten comer el pollo con las manos.

Ahora, antes de que el viejo se desvíe del tema, Brenner le hace caso, coge el pollo con la mano y dice:

-¿Y después?

-Después, claro, pasó lo de los huesos humanos.

-¿La Inspección Sanitaria le abrió expediente?

-¿La Inspección Sanitaria? Qué va. Lo que hicieron fue enviarnos enseguida a la Brigada Criminal.

-¡Ah!

-Porque tonto no fue el que nos echó el muerto entre la montaña de huesos. Porque dicho entre nosotros, lo que había antes era una auténtica montaña de huesos, cuando el yugo sólo tenía la moladora pequeña.

-Así y todo, salió a la luz.

-Nada salió a la luz, nada de nada. Hasta hoy la Brigada Criminal sigue sin encontrar rastro alguno. Ni siquiera han encontrado al dueño de los huesos. La Sanitaria esa sí que es eficiente, siempre encuentra algo. Pero lo que es la Criminal, ésa no encuentra ni la mitad de lo que descubre la otra.

A Brenner ahora el pollo le sabe mejor con cada mordisco que le pega. Al comienzo el sabor le resultaba un tanto extraño, pero, se ve que era cuestión de acostumbrarse, y como estaba tostadito y crujiente, pues perfecto. Eso era lo más importante. Porque Brenner no es lo que se dice un paladar fino. Así y todo a la mitad del segundo trozo tuvo que dejarlo, o sea que ni pensar en entrarle al tercero y menos al cuarto.

-¿Acaso no le gusta? -pregunta el viejo Löschenkohl ofendido. Aunque inmediatamente se ve que sólo se hace el ofendido. Porque, cuando un restaurador pone porciones tan grandes que sus comensales no llegan a acabárselas, evidentemente lo que siente es orgullo.

-Demasiado -resuella Brenner.

-Papel de aluminio no le traigo. Por la noche le serviremos otro -dice el viejo Löschenkohl-. Porque se quedará aquí, ¿verdad?

A Brenner esto le parece un poco precipitado. Ni siquiera

ha conocido a la patrona que ayer lo llamó completamente desesperada.

–Primero tengo que hablar con la patrona.

–¿Con la patrona? –dice Löschenkohl como si jamás hubiera oído hablar de una patrona.

–Fue ella la que me llamó.

–Ah, quiere decir mi nuera. Sí, con ella también tiene que hablar. Se la hago venir enseguida.

El viejo se levanta y aprovecha para llevarse a la cocina el plato medio lleno de Brenner.

Pero la patrona, de momento, no aparece.